

# HERMANO MAYOR

## PREVIOS

### LOCAL

En el oratorio o capilla

### DURACIÓN

1 hora

## ÁMBITOS CONTENIDOS

- » Profundizar en el propio conocimiento
- » Trabajar la imagen de Dios
- » Profundizar en la palabra de Dios a través de la lectio divina y diversas metodologías

## OBJETIVOS DEL ENCUENTRO

- » Leer la Palabra desde la perspectiva de personajes menos trabajados
- » Conocer y experimentar la metodología de la Lectio Divina
- » Tener un rato de oración y reflexión personal
- » Caer en la cuenta de mi relación con Dios y con los demás

## DISEÑO Y DESARROLLO DE UNA SESIÓN

### ACOGIDA

Se les explica que vamos a tener una experiencia de lectio divina centrándonos en la figura del hermano mayor de la parábola del hijo pródigo.

### INTERIORIDAD/ORACIÓN

DINAMICA DE TRABAJO (SECUENCIADA)

**MOMENTO 1:** Comenzamos con la

*señal de la Cruz y pedimos la venida del Espíritu con la siguiente oración:*

«Señor mío, puesto en tu presencia quiero disponer mi corazón para este momento de oración. Envía tu Espíritu Santo para me ilumine y abra mi mente y corazón a todo lo que Tú me quieras decir hoy. **Gracias, Señor, por alimentarme con tu Palabra.**».

**MOMENTO 2:** Leemos el pasaje de Lucas del anexo 1 en alto

**MOMENTO 3:** Se deja tiempo personal para que lean la reflexión del anexo 1

**MOMENTO 4:** Se les invita a reflexionar personalmente (puede sonar una música suave de fondo)

Se les reparte el anexo 1. Se lee en alto la lectura y luego se deja un tiempo para que ellos lean personalmente la reflexión.

**MOMENTO 5:** Se comparte en alto, el que quiera, aquello que cada uno crea que hoy le ha dicho Dios para su vida

**MOMENTO 6:** Se cierra dando gracias a Dios por la oración

### CONCLUSIONES Y RECOGIDA FINAL

### ORACION FINAL Y ENVIO

Rezamos juntos el A tu amparo



## ANEXO 1

Lectura del Evangelio según San Lucas (Lc 15,11-32)

También dijo: «Un hombre tenía dos hijos, y el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde”. Y les repartió los bienes. No muchos días después, juntándolo todo, el hijo menor se fue lejos a una provincia apartada, y allí desperdició sus bienes viviendo perdidamente. Cuando todo lo hubo malgastado, vino una gran hambre en aquella provincia y comenzó él a pasar necesidad. Entonces fue y se arrimó a uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual lo envió a su hacienda para que apacentara cerdos. Deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba. Volviendo en sí, dijo: “¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: ‘Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros’”. Entonces se levantó y fue a su padre. Cuando aún estaba lejos, lo vio su padre y fue movido a misericordia, y corrió y se echó sobre su cuello y lo besó. El hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo”. Pero el padre dijo a sus siervos: “Sacad el mejor vestido y vestidle; y poned un anillo en su dedo y calzado en sus pies. Traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta, porque este mi hijo muerto era y ha revivido; se había perdido y es hallado”. Y comenzaron a regocijarse.

El hijo mayor estaba en el campo. Al regresar, cerca ya de la casa, oyó la música y las danzas; y llamando a uno de los criados le preguntó qué era aquello. El criado le dijo: “Tu hermano ha regresado y tu padre ha hecho matar el becerro gordo por haberlo recibido bueno y sano”. Entonces se enojó y no quería entrar. Salió por tanto su padre, y le rogaba que entrara. Pero él,

respondiendo, dijo al padre: “Tantos años hace que te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás, y nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos. Pero cuando vino este hijo tuyo, que ha consumido tus bienes con ramerías, has hecho matar para él el becerro gordo”. Él entonces le dijo: “Hijo, tú siempre estás conmigo y todas mis cosas son tuyas. Pero era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu hermano estaba muerto y ha revivido; se había perdido y ha sido hallado”.

### REFLEXIÓN

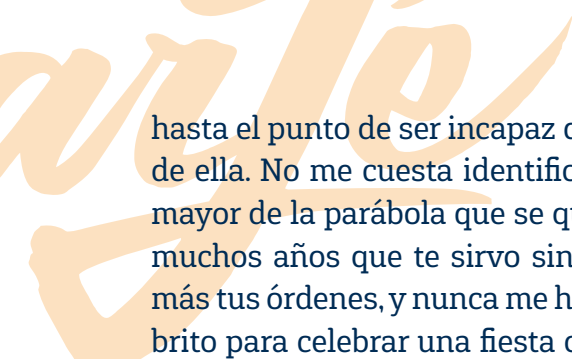
La parábola podría muy bien haberse llamado „La parábola de los hijos perdidos“. No sólo se perdió el hijo menor, que se marchó de casa en busca de libertad y felicidad, sino que también el que se quedó en casa se perdió. Aparentemente, hizo todo lo que un buen hijo debe hacer, pero interiormente, se fue lejos de su padre. Trabajaba muy duro todos los días y cumplía con sus obligaciones, pero cada vez era más desgraciado y menos libre.

#### -Perdido en el resentimiento

Me es muy duro reconocer que este hombre amargado, resentido y enfadado pudiera estar, en sentido espiritual, más cerca de mí que su joven y lujurioso hermano.

Resulta extraño decir esto, pero en el fondo he tenido envidia del hijo desobediente. Éste es el sentimiento que me viene cuando veo a mis amigos disfrutar haciendo el tipo de cosas que yo repruebo. Decía que su comportamiento era reprehensible, incluso inmoral, pero al mismo tiempo me preguntaba por qué no tenía el valor de hacer todas esas cosas o, al menos, alguna de ellas.

La vida obediente y servicial de la que me siento orgulloso, la veo a veces como una carga que se me ha puesto sobre los hombros y que sigue oprimiéndome a pesar de haberla aceptado



hasta el punto de ser incapaz de desprenderme de ella. No me cuesta identificarme con el hijo mayor de la parábola que se quejaba: «Hace ya muchos años que te sirvo sin desobedecer jamás tus órdenes, y nunca me has dado ni un carbrito para celebrar una fiesta con mis amigos.» En esta queja, obediencia y deber se han convertido en una carga, y el servicio en esclavitud.

Esto no sólo me ocurre a mí. Hay muchos hijos e hijas mayores que están perdidos a pesar de seguir en casa. Y es este «extravío» -que se caracteriza por el juicio y la condena, la ira y el resentimiento, la amargura y los celos- el que es tan peligroso para el corazón humano. A menudo pensamos en el extravío como actos que se ven y que son espectaculares. El hijo menor pecó de forma visible. Su perdición es obvia. Malgastó su dinero, su tiempo, sus amigos, su propio cuerpo. Lo que hizo estuvo mal; lo supo su familia, sus amigos y él mismo. Se rebeló contra toda moralidad y se dejó llevar por la lujuria y la codicia. Después, habiendo visto que toda aquella conducta caprichosa no le conducía más que a la miseria, el hijo menor reflexionó, volvió y pidió perdón. Estamos ante el clásico error humano que se soluciona de forma clara. Se comprende y se simpatiza fácilmente con él.

Sin embargo, el extravío del hijo mayor es mucho más difícil de identificar. Al fin y al cabo, lo hacía todo bien. Era obediente, servicial, cumplidor de la ley y muy trabajador. La gente le respetaba, le admiraba, le alababa y le consideraba un hijo modélico. Aparentemente, el hijo mayor no tenía fallos. Pero cuando vio la alegría de su padre por la vuelta de su hermano menor, un poder oscuro salió a la luz. De repente, aparece la persona resentida, orgullosa, severa y egoísta que estaba escondida, y que con los años se había hecho más fuerte y poderosa.

Mirando en mi interior y mirando a las personas que me rodean, me pregunto qué hará más daño, la lujuria o el resentimiento. Hay mucho resentimiento entre los «justos» y los «rectos.»

Hay mucho juicio, condena y prejuicio entre los «santos.» Hay mucha ira entre la gente que está tan preocupada por evitar el «pecado.»

El extravío del hijo resentido es tan difícil de reconocer precisamente porque está estrechamente ligado al deseo de ser bueno y virtuoso. Sólo yo sé los esfuerzos que he hecho por ser bueno, agradable, porque se me acepte, y por ser un ejemplo a imitar. Toda mi vida me he esforzado por evitar las situaciones que me conducen al pecado; siempre he sentido pánico de caer en la tentación. Pero junto a esto estaba también la seriedad, la moralidad, incluso un cierto fanatismo, que hacía que me resultara cada vez más difícil sentirme a gusto en la casa de mi Padre. Me hice menos libre, menos espontáneo, menos jovial y cada vez más era considerado una persona «dura.»

### **-Sin alegría**

Cuando escucho las palabras con las que el hijo mayor ataca a su padre -palabras farisaicas, autocompasivas y celosas- veo que hay una queja más profunda. Es la queja que llega de un corazón que siente que nunca ha recibido lo que le corresponde. Es la queja expresada de mil maneras, que termina creando un fondo de resentimiento. Es el lamento que grita: «He trabajado tan duro, he hecho tanto y todavía no he recibido lo que los demás consiguen tan fácilmente. ¿Por qué la gente no me da las gracias, no me invita, no se divierte conmigo, no me agasaja, y sin embargo presta tanta atención a los que viven la vida tan frívolamente?»

Es en esta queja donde descubro al hijo mayor que hay dentro de mí. A menudo me descubro quejándome por pequeños rechazos, faltas de consideración o descuidos. A menudo observo dentro de mí ese murmullo, ese gemido, esa queja, ese lamento, que crece y crece aunque yo no lo quiera.

Desde esta perspectiva se comprende la inca-

pacidad del hijo mayor para compartir la alegría del padre. Cuando volvía a casa del campo, oyó música y cantos. Sabía que había alegría en la casa. Enseguida empezó a sospechar. Una vez que la queja entra en nosotros, perdemos la espontaneidad hasta el punto de que ya ni siquiera la alegría evoca alegría en nosotros.

La historia cuenta: «Llamó a uno de los criados y le preguntó qué era lo que pasaba.» Aquí brota el miedo a que me hayan excluido otra vez, a que no me cuenten qué es lo que pasa, a quedarme al margen de las cosas. La queja surge de inmediato: «¿Por qué no se me informó, qué es todo esto?» El criado, lleno de expectación, confiado y deseando compartir la buena noticia, explica: «Ha vuelto tu hermano, y tu padre ha matado el ternero cebado porque lo ha recobrado sano.» Pero este grito de alegría no puede ser bien recibido. En vez de alivio y gratitud, la alegría del criado surte el efecto contrario: «El se enfadó y no quiso entrar.» Alegría y resentimiento no pueden coexistir. La música y los cantos, en vez de invitar a la alegría, se convierten en causa de mayor rechazo.

Recuerdo muy bien haber vivido situaciones parecidas. Una vez, me sentía sólo y le pedí a un amigo que saliera conmigo. Me contestó que no tenía tiempo, y, sin embargo, un poco más tarde me lo encontré en una fiesta en casa de un amigo común. Al verme me dijo: «Ven, únete a nosotros, me alegro de verte.» Pero yo estaba tan enfadado por no haber sabido nada de la fiesta, que era incapaz de quedarme. Se despertaron en mi interior todas mis quejas por no ser aceptado y querido y abandoné la habitación dando un portazo. Era incapaz de participar de la alegría que allí se respiraba. En un momento, la alegría de aquella habitación se había convertido en fuente de resentimiento.

### **-Una cuestión abierta**

A diferencia de un cuento de hadas, la parábola no tiene un final feliz. Al contrario, nos pone

cara a cara ante una de las cuestiones espirituales más difíciles: confiar o no confiar en el amor de Dios que lo perdona todo. Yo soy el único que puede elegir, nadie puede hacerlo en mi lugar. En respuesta a sus lamentos: «Éste acoge a los pecadores y come con ellos», Jesús compara a los fariscos y escribas con el regreso del hijo pródigo, y con el hijo mayor resentido. Todo esto tuvo que ser un duro golpe para aquella gente tan obediente y religiosa. Finalmente, tuvieron que enfrentarse con su propio lamento y elegir cómo iban a responder al amor de Dios por los pecadores. ¿Se sentarían con ellos a la mesa como hizo Jesús? Esto era y es un auténtico reto: para ellos, para mí, para cualquier ser humano que esté lleno de resentimiento y se sienta tentado a vivir quejándose.

¿Puede el hijo mayor que está en mi interior volver a casa? ¿Puedo ser encontrado como lo fue el hijo menor? ¿Cómo puedo volver cuando estoy perdido en el rencor, cuando estoy atrapado por los celos, cuando estoy prisionero de la obediencia y del deber, vividos como esclavitud? Está claro que yo sólo no puedo encontrarme. Es mucho más desalentador tener que curarme de mis rasgos de hijo mayor que de los de hijo menor. Enfrentado aquí con la imposibilidad de la autoredención, ahora entiendo las palabras de Jesús a Nicodemo: «Que no te cause, pues, tanta sorpresa lo que te he dicho: «Tenéis que nacer de nuevo.» (Jn 3,7) Es decir, algo tiene que ocurrir que yo no puedo hacer que ocurra. Yo no puedo volver a nacer; es decir, no puedo hacerlo con mis propias fuerzas, con mi mente, con mis ideas. No me cabe ninguna duda de todo esto porque ya intenté en el pasado curarme yo sólo de mis rencores y de mis quejas y fallé... y fallé, hasta que estuve al borde del hundimiento, incluso del agotamiento físico. Sólo puedo ser curado desde arriba, desde donde Dios actúa. Lo que para mí es imposible, es posible para Dios. «Para Dios nada hay imposible.»

## EL REGRESO DEL HIJO MAYOR

„Su hijo mayor... se enfadó y no quería entrar. Su padre salió a persuadirlo... El padre le respondió: «¡Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo! Pero tenemos que alegrarnos y hacer fiesta, porque este hermano tuyo estaba muerto, ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido encontrado».

### -Una conversión posible

El padre quiere que regresen los dos hijos, el menor y también el mayor. También el hijo mayor necesita ser encontrado y conducido a la casa de la alegría. ¿Responderá a la súplica de su padre o permanecerá estancado en su amargura? La parábola no nos revela si ve la luz. Igual que no condena claramente al hermano mayor; la parábola deja abierta la esperanza de que se dé cuenta de que también él es un pecador... deja la interpretación de la reacción del hermano mayor en manos del espectador.

La historia del hijo mayor da una nueva luz a todas estas preguntas, dejando muy claro que Dios no ama al hijo menor más que al mayor. En la historia, el padre sale fuera a recibir al hijo mayor igual que hizo con el menor, le anima a entrar y le dice: «¡Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo!»

Estas son las palabras a las que debo prestar atención y dejar que penetren hasta el centro de mí mismo. Dios me llama «hijo mío». La palabra griega que utiliza Lucas aquí es teknon, «una forma cariñosa de hablar», como dice Joseph A. Fitzmyer. Traducido literalmente, lo que el padre dice es «niño.»

Esta forma tan afectuosa de hablar se hace aún más clara en las palabras que siguen. Los duros y amargos reproches del hijo no tropiezan con palabras de condena. No hay recriminación o acusación alguna. El padre no se defiende ni hace ningún comentario acerca del comporta-

miento del hijo mayor. El padre va más allá de cualquier valoración para subrayar su relación íntima con el hijo cuando dice: «Tú estás siempre conmigo.» Esta declaración del padre, de amor incondicional, elimina cualquier posibilidad de creer que el hijo menor es más querido que el mayor. El hijo mayor no ha dejado nunca la casa. El padre lo ha compartido todo con él. Ha formado parte de su vida cotidiana sin ocultarle nada. «Todo lo mío es tuyo,» dice. No se puede encontrar una afirmación más clara del amor sin límites del padre hacia su hijo mayor. Así pues, el padre ofrece este amor sin reservas a los dos hijos, y por igual.

La historia del hijo pródigo es la historia de un Dios que sale a buscarme y que no descansará hasta que me haya encontrado. Anima y suplica. Me pide que deje de aferrarme a los poderes de la muerte y que me deje abrazar por los brazos que me conducirán al lugar donde encontraré la vida que más deseo.

### -A través de la confianza y la gratitud

¿Qué podemos hacer para que el regreso sea posible? Aunque el mismo Dios corre en nuestra busca para encontrarnos y llevarnos a casa, debemos reconocer que estamos perdidos, y hemos de prepararnos para ser encontrados y conducidos a casa. ¿Cómo?

Sin confianza, no puedo dejar que me encuentren. La confianza es la convicción profunda de que el Padre me quiere en casa. Yo no me dejo encontrar cuando dudo de que merezco que me encuentren y creo que se me quiere menos que a mis hermanos y hermanas menores. Tengo que seguir diciéndome: «Dios te busca. Irá a cualquier parte para encontrarte. Te ama, te quiere en casa, no descansará hasta que estés con Él.»

Junto a esta confianza, debe haber también gratitud, lo contrario del resentimiento. Resentimiento y gratitud no pueden coexistir, porque el resentimiento bloquea la percepción y la experiencia de la vida como don. Mi resentimiento

me dice que no se me da lo que merezco. Siempre se manifiesta en envidia.

La gratitud, sin embargo, va más allá de lo «mío» y «tuyo» y reclama la verdad de que todo en la vida es puro don. Antes pensaba que la gratitud era una respuesta espontánea a los dones recibidos, pero ahora me he dado cuenta de que también puede vivirse como una disciplina. La disciplina de la gratitud es el esfuerzo explícito por reconocer que todo lo que soy y tengo me ha sido dado como don de amor, don que tengo que celebrar con alegría.

Confianza y gratitud requieren el coraje de arriesgarse, porque la desconfianza y el resentimiento, en su necesidad de reclamar su atención, siguen advirtiéndome de lo peligroso que es dejar a un lado mis cálculos y predicciones. En muchos aspectos debo dar un salto de fe para dejar que la confianza y la gratitud tengan su oportunidad: escribir una carta amable a alguien que no me perdonará, llamar al que me ha rechazado, pronunciar una palabra de aliento a alguien que no puede decirla.

El salto de fe siempre significa amar sin esperar ser amado, dar sin querer recibir, invitar sin esperar ser invitado, abrazar sin pedir ser abrazado. Y cada vez que doy un pequeño salto, veo un reflejo del Único que corre hacia mí y me hace partícipe de su alegría, la alegría en la que no sólo me encuentro yo sino también todos mis hermanos y hermanas. Así, la confianza y la gratitud revelan al Dios que me busca, ardiendo de deseo porque todos mis rencores y quejas desaparezcan y por dejar que me sienta a su lado en el banquete celestial.

